

TRES PROLOGOS DE FRANCO

por RAMON SANCHEZ DIAZ

Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

En abril de 1936, tres meses antes de empezar la Guerra de Liberación, Franco tenía cuarenta y tres años, era general de división y Comandante General de Canarias. Su comandante de Estado Mayor, don José Díaz de Villegas, acababa de publicar un libro —*Geografía Militar de España*—, al que Franco puso prólogo de a penas cinco páginas. No es un prólogo cualquiera: es un prólogo fuerte. De él sólo transcribiremos los párrafos de pensamiento que nos parecen directamente conectados a lo que iba a ocurrir y a lo que, en cierto modo, fue norte de su caudillaje:

Geografía militar, previsoramente y guerrera, no comprendida en el mecanismo fenicio de los tiempos modernos.

... bajo la aparente fase de la organización interna de los Estados, se avecina otra guerra más cruel y terrible, la económico-social, la que destruyendo nacionalidades, marcha solapada y veloz amparada por las fuerzas ocultas de la revolución y al poderoso motor de las pasiones sin freno, extinguiendo con su destructor materialismo los valores espirituales que dieron al mundo la paz y el bienestar que disfrutaba.

... sólo cuando los estudios históricos y geográficos dejan su paso a los filosóficos y políticos, los ideales y espiritualidad españoles mueren a manos de la discordia entre los ciudadanos y surge esta España envenenada y maltrecha, que, tras sus luchas fratricidas, a espaldas de la geografía, nos legaron nuestros padres.

... el estudio de la geografía pone al descubierto cómo a sus espaldas y contra natura se forjan los separatismos criminales y traidores.

Franco anuncia y denuncia la proximidad de una guerra cruel, solapada, de base revolucionaria, materialista, capaz de destruir los valores espirituales sustentadores clásicos de la paz y del progreso. Franco habla entonces de la guerra subversiva y del terrorismo, y habla de ella y de él mucho antes de su aparición activa como problema a escala mundial. Los separatismos quedan bien definidos por sus coordinadas antigeográficas: *criminalidad y traición*.

Algo parecido a criminalidad y traición había dicho aquel europeo de Bilbao. Me refiero a Miguel de Unamuno, que vivió para captar la vida en su realidad profunda. Don Miguel se enfrentó al separatismo regionalista cogiendo al toro por los cuernos. He aquí su frase: *mezcla de ignorancia y de traición*. Y Ortega, europeo de Madrid, creador para Europa de la razón histórica y vital, se despachó con otra frase del mismo o parecido porte: *hermetismo aldeano*. Tenía que pasar muchos más años para que otro europeo —Michel Debré, ministro de Defensa con Degaulle y con Pompidou—, escribiera en el «Figaro» del 27 de septiembre de 1975: «Los partidarios del separatismo regional mantienen la tesis de que la unidad nacional será salvaguardada. Pero ellos, por desgracia, están salvaguardados por otra tesis: la de los partidos de la desaparición de la Nación» (1).

Así, pues, Franco, al condenar en este prólogo el separatismo español como hecho *contra natura, criminal y traidor*, se sitúa en línea ortodoxa con parte muy importante del actual pensamiento europeo.

Detengámonos ahora en el Franco que prologa el libro *Guerra en el Aire*, de Joaquín García Morato, publicado por Editora Nacional el año 1940. Franco ataca de frente el racionalismo enciclopédico del siglo XVIII, «que volcó sobre nuestra Historia, ignominiosamente calumniada, el veneno de la duda». Es buena la expresión: *el veneno de la duda*. Veneno... Duda. Y mientras tanto, «con los despojos de nuestras empresas se levantaron otros imperios». Franco se refiere al grito de la España asfixiada, que nadie quería oír. O a la España carne de silencio, sentenciada en Munster por el grave delito de su fe en Dios y por el poderío militar de la Casa de Austria.

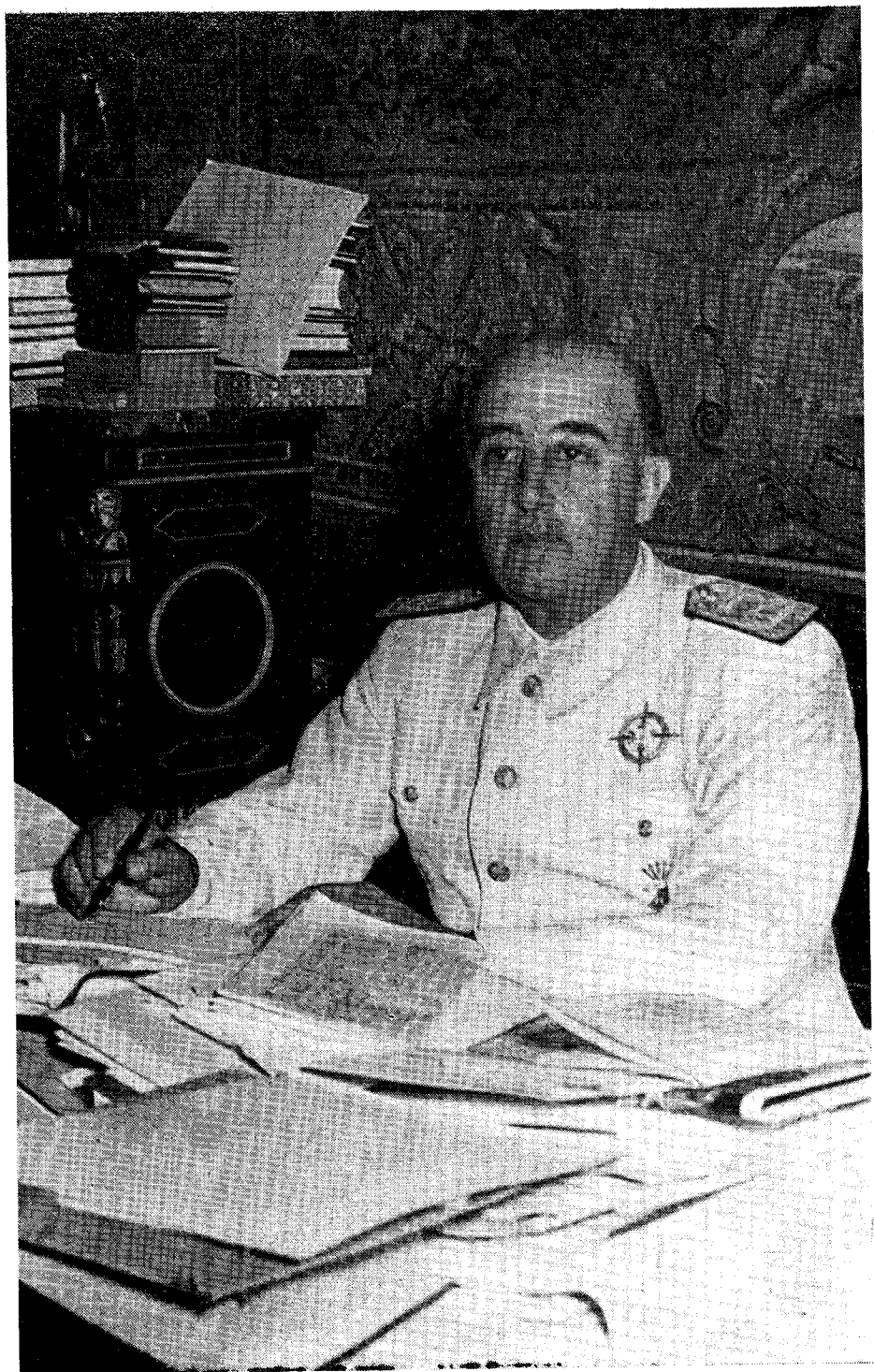
Al escribir este prólogo, Francisco Franco tiene cuarenta y ocho años. Ya es caudillo triunfador e indiscutible del trozo de Europa en que el comunismo no pudo entrar. Con él por capitán, toda una generación de choque y empuje se abrirá paso entre los escombros de la guerra doméstica y entre las cenizas de la Segunda Guerra Mundial. Franco se muestra español de cuerpo entero y de arriba abajo.

Por entonces se prodigaban las palabras fe, heroísmo, prodigio y providencia, tan arraigadas en la escena española de los grandes acontecimientos y de las grandes crisis. Más aún: se derrochaban. Franco, en este prólogo, puntualiza cristianamente alguna de ellas. Dice:

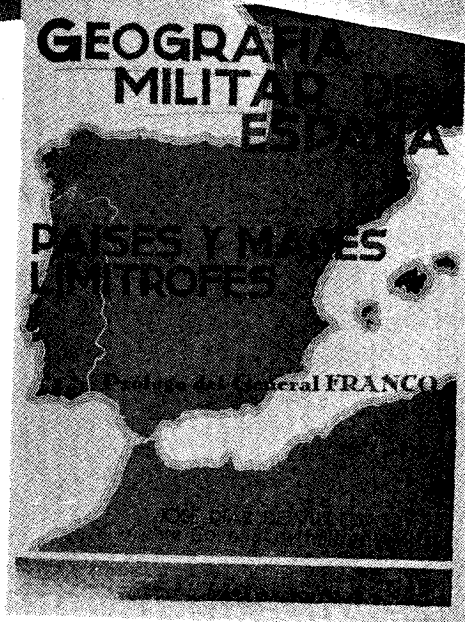
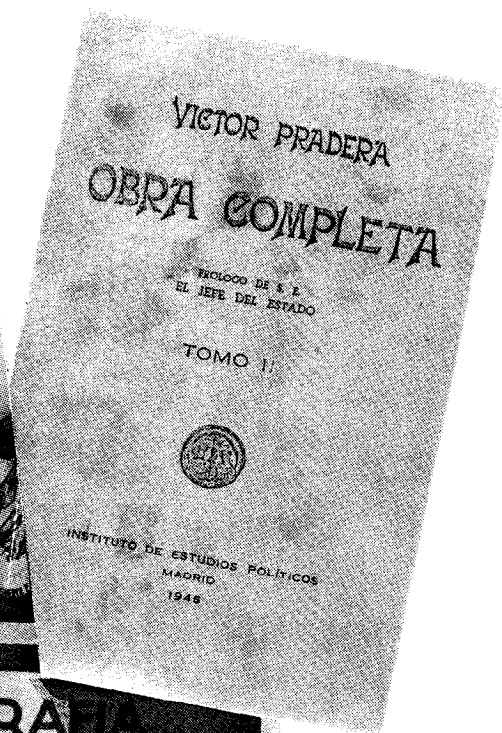
El heroísmo no puede tener escenario favorable en el campo del vicio. La vía de Dios es el camino de los héroes. Para enfrentarse con la muerte, para elevarse sobre ella; para alcanzar la gloria y el laurel de dar la vida conscientemente por la Patria, hay que creer en Dios. Los héroes verdaderos surgen en el campo de los creyentes.

Francisco dedica un párrafo caliente a la guerra en el aire. El vetera-

(1) Artículo «Les Grands Apenages», que empieza así: *Francia está amenazada por la inflación. Francia está amenazada por la desnatalidad. ¿También está Francia amenazada por un tercer látigo, la desmembración territorial?*



El Caudillo Franco por los días en que escribía su prólogo a las *Obras completas* de Víctor Pradera.



Las obras de Víctor Pradera, Díaz de Villegas y García Morato, anuncian en sus portadas el prólogo «del General Franco», «del Caudillo» y «de S. E. el Jefe del Estado».

no guerrero sabe mucho de guerra y se recrea en destacar la nobleza del caballero que en ella sigue siéndolo:

La guerra en el aire evoca la lucha de los viejos tiempos. El guerrero que busca al guerrero, la vista y el brazo dispuestos a la estocada. La espalda débil. El socorro al compañero, comprometido. Uno contra varios. Serias acometidas. Retrocesos para atacar. Guerreros caídos. Alas rotas. Gestos caballerescos en que el caballero derribado recibe en su descenso el saludo del vencedor que lo respeta. ¡Hermosa lucha del aire, que resucita el espíritu de tiempos heroicos, que renueva la poesía de los viejos capitanes!

Y termina así aquel prólogo: «Este libro os señala la ruta gloriosa de los luceros.»

Otro prólogo importante de Franco —quizá el que más—, es el que prelude las *Obras Completas* de Víctor Pradera, escrito el año 1945.

En él empieza llamando a Víctor Pradera «caballero y luchador incansable por la unidad de nuestra Patria». Su muerte en la cárcel inspira a Franco estas palabras: «No muere quien entrega la vida con sublime heroísmo, en el que llega a perdonar a sus enemigos e implorar públicamente a Nuestro Señor perdón para sus verdugos».

La amistad entre Franco y Víctor Pradera, aun a pesar de ciertas y no profundas divergencias políticas, se basaba, como dice Franco en este prólogo, «en una comunión de inquietudes por la suerte de nuestra Patria». Franco recuerda aquí su última entrevista con Víctor Pradera:

Se condolia en nuestra última entrevista, vísperas de mi salida para Canarias, de la ceguera de los grupos políticos entre la tragedia espantosa que sobre España se cernía. Y cuando yo le exteriorizaba mi fe en las altas virtudes de nuestro Ejército y en la generosidad de nuestra juventud para la salvación de España, pero significándole la inutilidad e ineficacia de todo el esfuerzo si había de ser para retornar a los egoísmos de los partidos que arrastraron a España a esta situación, Pradera me cogía con vehemencia del brazo, repitiendo: No, no, mi General; hay que imponerles la unidad. ¡La unidad ante todo!

Franco se refiere luego a «la disolución espiritual que los pueblos vienen sufriendo». Y recoge la cita que de José Antonio Primo de Rivera hace Víctor Pradera: «La Patria es una unidad total en que se integran todos los individuos de todas las clases. La Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir.»

Nada mejor ni nada con más exactitud y justeza entra y cabe en el pensamiento político de Francisco Franco Bahamonde.

En el Franco prologuista aflora el tema permanente de la preocupación por España, que viene constituyendo género literario de egregias calidades desde el siglo XVIII —Cervantes, Quevedo, Feijóo, Larra, Azorín, Ortega, Unamuno...—. En estos prólogos no se manifiesta el literato de potencia creadora, sino el hombre de ocupación ideológica. Franco no fue escritor. Sin embargo, no puede negarse que en las ocasiones en que escribió dejaba constancia clara de fina sensibilidad perceptiva sobre todo cuanto le rodeaba.